



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11155

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extra-  
jero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.<sup>o</sup>  
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 10 DE ENERO DE 1899

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de  
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loretté rue Caumartin  
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## ACADEMIA PREPARATORIA PARA CARRERAS ESPECIALES

BALCONES AZULES, 10

PROFESORES: D. Adriano Rlostra, Comandante de Artillería, Doctor en  
Ciencias Físico-Matemáticas.—D. Antonio Gutiérrez, Licenciado en la misma  
facultad.—D. José Serrano y D. José Méndez, Ingenieros de Caminos, etc.  
En 1.<sup>o</sup> de Enero empezarán las clases de preparación para la próxima con-  
vocatoria de Sobrestantes de Obras Públicas.

## LABORATORIO BACTERIOLOGICO

DEL DOCTOR LEOPOLDO CÁNDIDO

Tratamiento moderno  
de las  
enfermedades  
crónicas y rebeldes

CONSULTORIO MÉDICO

Centro general de vacunaciones

Horas de duración  
y consulta  
de 9 á 11 de la mañana  
y de 3 á 5 de la tarde

MURALLA DEL MAR, 83

VACUNAS.—De sereno contra la viruela, antituberculosa y contra las en-  
fermedades de los ganados.  
Suroos.—Normal, antidiabético, antituberculoso, antistreptococcico,  
polivalente y artificial de Cheron.  
Jugos orgánicos. Aplicación para el método Brown Séquard por la  
vía hipodérmica y por la vía gástrica.  
Todos estos remedios se aplican en el Consultorio y á domicilio y se ex-  
ponen en un gabinete á la venta en ampollas á las señoras farmacéu-  
ticas.—S. 1.<sup>o</sup> de la calle de las Puercas, 11.  
Para informes y pedidos al DOCT. CÁNDIDO  
MURALLA DEL MAR, 83  
CARTAGENA  
Teléfono número 30. Dirección telegráfica: Dr. Cándido

## ESTADÍSTICA FUNEBRE

El «Cheribón», treinta y un muertos.  
El «Los Andes», cuarenta y uno.  
El tal, ochenta cadáveres arroja-  
dos en la intensidad del Océano.  
Y así sucesivamente, hasta que  
termine esta pesadilla cruel, que  
llamamos repatriación.  
Morir, en el campo de batalla al  
pie de la bandera, defendiendo  
con heroísmo el suelo patrio, el  
hogar de la familia, el cementerio  
de los antepasados en el que al fin  
irán á reposar nuestras cenizas, es  
motivo de lágrimas y duelos; más  
es glorioso al fin paré el patriota

que siente el alma llena de entu-  
siasmos y exhausta de egoísmos;  
pero morir obscuramente en el  
ripcón de un buque y ser lanzado  
por la borda al seno de las aguas  
que abren boquete horrible para  
recibir y guardar nuestro cadáver,  
del que solo se acordará la espo-  
sa desolada, el huérfano infeliz o  
la madre dolorida, es horroroso.  
El caso se repite con frecuencia  
que aterra El «Cheribón» treinta  
y un muertos; el «Los Andes» cua-  
renta y un cadáveres arroja los al  
Océano...  
Hay algo más sensible que la  
derrota, y ese algo es la repatria-  
ción, sobre todo si el pueblo que la  
impone y le señala plazo es como

el de los Estados Unidos, humani-  
tario en la apariencia y cruel en el  
fondo.

¿Que el plazo es angustioso? No  
importa—dice el pueblo de mer-  
caderes se duplica el número de  
soldados en cada barco y se redu-  
ce el tiempo de la repatriación á  
la mitad

¿Que hay un número considera-  
ble de soldados enfermos, muchos  
de ellos gravísimos, que segura-  
mente no llegarán vivos a su país?  
No importa—sigue diciendo ese  
pueblo egoísta—que los embar-  
quen y si no llegan vivos que los  
liran al mar.

En lucha España con cualquiera  
nación de Europa, hubiera tal vez  
sentido la amargura de verse de-  
rrotada; pero por los soldados priso-  
neros merecerían la consideración  
del enemigo, y los enfermos, sob-  
re todo los enfermos graves, re-  
cibirían asistencia en los hospita-  
les del vencedor con arreglo á los  
principios que informaron la obra  
meritísima que realizó la reunión  
bastante alabada convención de  
Ginebra.

Francia y Alemania se destro-  
zaron combatiendo; pero al envai-  
nar las espadas cuando termino la  
lucha, vencedores y vencidos se  
miraron con respeto y se respec-  
taron de verdad. Rusia y Turquía se  
acometieron con valor salvaje y  
se embistieron fieramente en Plew-  
na y otros puntos memorables;  
pero al decidirse la victoria no la-  
mentó el vencido otro dolor que el  
natural de la derrota.

Ni Francia, ni Alemania, ni Ru-  
sia, ni ninguna otra nación cono-  
cida entre las cultas, obligaría a su  
enemigo á la repatriación precipi-  
tada que se esta haciendo con  
los soldados españoles, que cura-  
ban sus dolencias en los hospitales  
de Cuba.

Esa crueldad, nacida de la ava-  
ricia, estaba reservada para el  
pueblo que se dice humanitario,  
para ese pueblo mercader en cuya

balanza pesa mas un día de recau-  
dación en las aduanas de Cuba,  
que las vidas de todos los enfer-  
mos de los hospitales de la gran  
Antilla.

El «Cheribón», treinta y un  
muertos arrojados al agua.

El «Los Andes», cuarenta y uno.

¿Y qué? A los americanos les tie-  
ne sin cuidado esa estadística. Lo  
que les importaba mucho era po-  
sesionarse del terreno y empezar  
á cobrar.

## EL CABO DE CAÑÓN

(Recuerdos de una campaña)

Dedicado á Cartagena  
en prueba de gratitud.  
El autor.

Me parece que le veo, con su rostro  
de niño, sombreado por naciente bigo-  
te, con sus ojos vivarachos y picares-  
cos, de mirada de aguja; la boca en-  
treabierto por una sonrisilla burlona,  
dejando ver los blancos y diminutos  
dientes y la nariz algo respingona; ves-  
tido con el traje de paño, la gorriila á  
un lado y sus galonitos nuevos, con la  
bomba encarnada en el pecho.

—No hay en el mundo quien me tosa,  
amigo—decía en sus momentos de ex-  
pansión arrojando una saliva estrepito-  
samente por el colmillo y tocándose al  
mismo tiempo los rizados bigos que cu-  
brian sus sienes.

Para el cabo Juan no había penas ni  
quebrantos, todo le importaba un bledo  
y por un millar de su sueldo de ser  
excepcional, convertía las penas en ri-  
sas y las desgracias en pasatiempo de  
su chistosa inventiva; esto unido á un  
carácter decididor y arrojado hasta la  
temeridad, hacían de él el tipo más aca-  
bado de los hijos de Levante.

II  
El cabo Juan era hijo de Cartagena;  
los vientos del Mediterráneo habían  
arrullado su cuna; el sol español había  
dado á su rostro ese color moreno-ola-  
tro distintivo; las olas le habían enseña-  
do á querer el líquido elemento y la  
tormenta, al estrellarla contra las rocas  
de granito de la entrada del puerto, le  
habían acostumbrado al fragor horroroso  
del trueno y al fulgor del rayo.

Sus padres habían muerto cuando  
era niño, y se encontró en el mayor  
abandono.

El pobre joven tomó aliento en su  
propia desventura y se dispuso á correr  
aquella borrasca al amparo de los cie-  
los.

Su espíritu fuerte, de raro temple, no  
decaió un momento, su mismo abando-  
no redobó sus fuerzas y consiguió sos-  
tenerse á flote, en el mar en que tantos  
naufragan.

III

Un día se sintió enfermo y quiso do-  
minar la enfermedad como había domi-  
nado otras difonitades; pero, ¡ay! le  
faltaron las fuerzas y el pobre niño se  
quedó tendido en la calle, presa de una  
pulmonía cruel que destrozaba su pe-  
cho.

Cerró los ojos, y cuando los abrió se  
encontró en un cómodo lecho, en una  
sala espaciosa.

Velando su sueño y defendiéndolo de  
la muerte que se ceñía sobre su cabe-  
za, se hallaba una mujer joven, y her-  
mosa, sepa ada del mundo por un toreo  
hábita.

La Caridad esa hermosa flor, cuya  
corola sirve de albergue al desahuido  
en los momentos supremos, recogió al  
enfermito de la calle y le cuidaba con  
solicitud maternal. Juan se hallaba en  
el Hospital, y aquella santa mujer era la  
hermana de la sala, quien compadecida  
de su juventud y abandono, robaba las  
horas al sueño para salvar al herfan-  
to.

¡Y vaya si lo consiguió! Juan curó y  
agradecido á tantos desvelos, á tantos  
cuidados mimosos, y á tantos consejos,  
que le dieron ánimos para seguir la  
lucha por la vida, consideraba á Sor...  
no digo su nombre por no ofender su  
modestia—como una segunda madre y  
á ella recurría en sus momentos difi-  
ciles.

Por eso Juan se ponía serio cuando le  
hablaban de dos cosas: de la patria y  
de la caridad. Su noble pecho no olvi-  
daba nunca los favores recibidos y en  
muchos momentos se le vio descubrirse  
al paso de una de esas valerosas mujeres  
que adornan su cabeza con una blanca  
toza.

IV

La guerra había comenzado en Filipi-  
nas, nuestros soldados luchaban en Ca-  
vite y para cooperar con el ejército, se

decomponerse y ilorqas, pretendiendo en vano ocul-  
tar el estado de su espíritu.  
La reina se quedó sola con la princesa.  
—Acabo de saber con disgusto, con un alto dis-  
gusto, que en un lugar inconveniente, en la portería  
de damas, estais diciendo á todo el que quiere oírlo,  
que por culpa de una de nuestras damas de honor  
han matado á un paje nuestro.  
La reina había pronunciado estas palabras con  
una severidad tal, que la princesa de Tilly se atorró  
y cayó de rodillas.  
—Perdonadme, señora, le dije, pero me veo en  
un tristísimo conflicto: el paje, no muerto, pero he-  
rido gravísimamente, me había sido confiado desde  
hace tres años por sus padres, que son unos honra-  
dos hidalgos de Asturias, arrendadores de mi ma-  
rido.  
—Y eso os ha puesto las lágrimas en los ojos? di-  
jo con aguda intención la reina. Levantada y res-  
pondedme: Porque se encuentra mezclado en este  
suceso el nombre de una de mis damas?  
—Perdoneme de autemano vuestra majestad, di-  
je humildemente la princesa, si para obedecerla me  
veo obligada á hacerla oír pequeñecos repugnantes.  
—Hablad, hablad sin temor; quiero saberlo todo.  
—Ese paje tenía amores con una doncella de la

condesa de Yebra: no sé cómo averigué que esta  
doncella se había encargado de entregar un carta  
á la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves; se  
irritó, se hizo seguir por la doncella á su cuarto, la  
maltrató, y hé aquí que aparece el hombre que ha-  
bia dado á la doncella una carta de su amo para  
que la entregase á la marquesa: este hombre es un  
tal Pommeferre, lacayo de Mr. Horacio Brevaux de  
la Chaguillere; salió á la defensa de la doncella, mal-  
trató al paje, irritó á este porque, como buen hidal-  
go asturiano, es bravo salieron del alcázar, y en  
una alameda, á orillas del río, el Pommeferre atra-  
vesó de una estocada: á mi paje: me avisaron, acou-  
di, acouidó un alcalde á quien se había apañado tam-  
bien, y el asunto está en poder de la justicia: mi el  
matador ni á su amo se le ha encontrado en su  
casa.  
—¿Y quién mandó buscar al alcalde?  
—Yo, señora.  
—Y por qué, estando unido á todo esto, el res-  
petable nombre de una dama de mi servidumbre, no  
habéis venido á mí con la queja?  
—Hay momentos, señora, en que la sorpresa no  
deja lugar á reflexión.  
—Si, pero las faltas de reflexión, cuestan, con fre-  
cuencia, caras: sabedlo para que lo digais, como

—Y qué hemos de hacer, exclamó agramado por  
todo aquel enredo Felipe V.  
—La princesa ha hecho intervenir á un alcalde  
en el negocio, y se ha empezado un proceso, cogtes-  
tó sin perder su aplomo la reina: es necesario, pues,  
olvidaras por el momento de las pragmáticas, cor-  
tar el escándalo, recoger el principio de ese proce-  
so, mandar callar al alcalde, enterrar al paje si  
muere, y que esto pase sin ruido: no quiero que de  
palacio salgan tales escándalos; es necesario que  
las gentes no fijen su mirada en el alcázar para bus-  
car cosas que no han debido ser, que no sepan más.  
—Y el último resultado, todo esto ha sucedido por  
el celo en nuestro favor de la marquesa de Nuestra  
Señora de las Nieves: por lo mismo, cortemos el es-  
cándalo.  
—Es muy duro decir á un alcalde que cumple con  
su deber: detened el curso de la justicia, pryzcas de  
brazos dejad pasar un delito que habéis visto.  
—Las circunstancias son mas fuertes que todos  
los poderes: ni nos hemos colocado aún en una  
situación definitiva: tenemos el territorio invadido  
por los enemigos: ya habéis visto con cuánta tena-  
cidad se conspira: es necesario no dar ocasión que  
se prevalezcan de sucesos que no hemos podido evi-  
tar, á que nos pierdan el respeto; á que digan que